

Crisis de la conversación pública

Hace tiempo que la plaza pública luce desordenada. Lo parece por el efecto directo y casi consecutivo de dos crisis de envergadura: la Gran Recesión de origen financiero de 2008, y la causada por el coronavirus y la enfermedad que provoca, la Covid-19. Una década que va para tres lustros en la que han saltado por los aires certezas socioeconómicas que dábamos por perennes, e incluso la autoestima y la confianza en que se asentaba la idea del progreso. No en vano, uno de los mantras de este tiempo es el convencimiento extendido de que “nuestros hijos vivirán

Pero no se trata solo de un desorden material, sino que este se ha visto concatenado a otro de carácter distinto, pero con los mismos efectos paralizantes: el desorden de la conversación pública. Así, cuando llegó la crisis, nos encontramos con que el ágora, más necesaria que nunca para intentar poner orden y soluciones a una etapa de transformaciones y de perplejidades, también estaba no solo más averiada, sino también más desprestigiada. Conviene, por tanto, reflexionar sobre esta segunda crisis si queremos intentar resolver la primera, objetivo al que intenta contribuir el presente número de la revista *Temas*.



peor que nosotros”. Ya no es solo que no sepamos responder a las grandes preguntas, es que tampoco parecemos saber afrontar las más nimias. Esto es: está en cuestión el orden de forma completa, a niveles macro y micro de la realidad, desde la capacidad de las democracias para recuperar el progreso perdido, hasta su aparente resignación ante un precio prohibitivo de la luz.

No se trata de buscar respuestas exculpatorias o consoladoras que, creyendo explicarlo todo, dejan el terreno aún más desolado de lo que estaba previamente. Es decir, está claro que la revolución de las telecomunicaciones ha tenido un impacto enorme en dicha conversación pública, y que en gran medida se puede decir que la ha degradado. Tampoco hay dudas de que, como nos señala la Historia, a una era de

grandes transformaciones tecnológicas y económicas –vivas, además, en tiempos de recesión– le corresponden ánimos sociales agitados, bien de euforia y fascinación, bien de depresión y miedo. Hay quienes afirman, además, que vivimos una época especialmente mediocre en cuanto a los liderazgos políticos, a los que se culpa de casi todo en una crítica que en su contundencia suele revelar sus propias costuras.

Ante el vocerío agresivo que tiende a adueñarse del debate político, se necesitan respuestas firmes que restauren el valor del debate constructivo, que no se rindan ante el exabrupto y el insulto, y que recuperen una conversación pública a la altura de las necesidades y anhelos actuales de una ciudadanía democrática, respetuosa y educada.

Todos esos elementos, junto con algunos otros que se abordan en este número de TEMAS, explican algunas razones de fondo que nos han traído hasta la actual situación, pero dejan sin contestar otras preguntas importantes. Algo que suele ocurrir cuando nos fijamos en eso que la Escuela de los *Annales* llamó la “*longe durée*” y los movimientos de fondo, pero nos olvidamos o preterimos a las personas, o grupos de personas, y su comportamiento en el presente. Pues bien: si queremos mejorar la calidad de la conversación pública, más que recurrir a las grandes transformaciones para explicar la degradación, conviene darnos por aludidos y asumir nuestra parte alícuota en la recuperación de un espacio común de deliberación. Allí donde estemos, ¿podemos hacer algo por mejorar la atmósfera de ese debate? La respuesta es un *sí* claro, pues lo primero es huir del derrotismo antipolítico y no bajar los brazos ante el vocerío, el exabrupto y el insulto que se ha enseñoreado de demasiados ágoras, sobre todo digitales.

Si hoy las democracias muestran incapacidad para la transacción y el pacto, además de sufrir una creciente polarización social, es porque primero ha habido incapacidad para dialogar y discrepar, para hablar y, sobre todo, para escuchar. O, peor aún, solo se ha hecho para reafirmarse en convicciones previas y aumentar así el precio de cualquier acuerdo con el otro. Es lo que, en un uso abiertamente impropio de

las palabras, muchos gustan de denominar *cargarse de razones* cuando en realidad se trata de perseverar en lo que ya se pensaba sin aportar razón alguna. En la esfera política esto a veces se explicita sin el menor rubor y se propone sustituir el término “diálogo” por “negociación”, propuesta que deja claro, por si alguien tuviera alguna duda al respecto, que quien hace la propuesta no tiene la menor disposición a revisar

sus puntos de vista, por más buenos argumentos que le pudiera aportar su interlocutor, y que lo único que está dispuesto es a negociar los términos de la transacción. Desafortunadamente, no se trata de actitudes que se den tan solo en esta esfera. Idéntico vicio se constata, por cambiar de ejemplo, en el atrincheramiento ideológico de tantos medios de comunicación social, o en esas tertulias televisivas en las que los participantes están debidamente distribuidos a izquierda o derecha en

función de lo que se espera de ellos. Unos contertulios a los que, además, puede que se le solicite no ya una reflexión o un análisis, sino un mero titular.

No hay democracia robusta sin una conversación pública a la altura de sus necesidades y sus anhelos, y lo cierto es que llevamos demasiado tiempo sin ella. No se trata de buscar culpables a un mal que no es español ni europeo, sino consustancial a las democracias. Tampoco de rescatar diagnósticos mil veces ofrecidos y mil veces olvidados, como el que reparte publicidad en la calle y sospecha que el que la acaba de aceptar la tirará apenas doble la esquina. Es bueno recordar que existe la tiranía del *click* en los medios digitales, o que hay líderes políticos que sacan rentabilidad a la degradación del debate (en el momento de redactar estas líneas ha sido triste noticia los insultos dirigidos por un diputado de extrema derecha a una diputada de izquierdas, calificándola, entre otras lindezas, de “bruja” en un debate en el hemiciclo del Congreso), o que las empresas tecnológicas extraen más datos y beneficios cuanto más cabreados o enganchados estamos a las redes sociales. Pero urge ir un paso más allá y aportar, también, soluciones aquí y ahora. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de caer en el esteticismo de la derrota, tan caro a los preludios de los peores momentos de la Historia reciente. Nos va la democracia en ello. **TEMAS**